

PRÓLOGO

## LECCIONES PARA REACTUALIZAR LA PERSPECTIVA COMUNISTA EN EL SIGLO XXI

CHRISTIAN CASTILLO Y MATÍAS MAIELLO

Publicada en 1936 mientras Trotsky se encontraba en su exilio en Noruega, *¿Qué es y a dónde va la URSS?* más conocido como *La Revolución Traicionada* constituye uno de los más grandes estudios de teoría marxista del Estado que se hayan escrito.

A su vez *La Revolución Traicionada* no es solo un libro que nos hable de las contradicciones del Estado Obrero ruso en su etapa de burocratización, sobre la transición del capitalismo al socialismo. También se trata de una profunda reflexión sobre cuáles son los contornos de la “primera etapa del comunismo” de la que hablara Marx y su relación con la “segunda etapa”, el comunismo propiamente dicho. Para esto, Trotsky retoma las tesis de los autores del *Manifiesto Comunista* y los desarrollos de Lenin, pero poniendo en juego las lecciones de las primeras dos décadas de existencia de la URSS. A partir de esta experiencia aporta toda una serie de elementos que ni Marx, ni Engels, ni Lenin pudieron analizar y teorizar.

Mucha agua ha pasado bajo el puente desde que Trotsky escribió *La Revolución Traicionada*. La burguesía ha hecho todo lo posible por identificar el comunismo con el estalinismo, con el *gulag*, los Procesos de Moscú, el partido único. La derrota que significó la restauración del capitalismo en los ex-Estados obreros burocráticos a finales de los años '80 y principios de los '90, a diferencia de la derrota heroica de los comuneros de París en 1871, no dejó orgullo revolucionario sino una estela de desmoralización. Sobre estas bases la ofensiva neoliberal del imperialismo se prolongó por más de dos décadas.

Hoy la crisis capitalista ya lleva más de seis años, trayendo aparejados importantes fenómenos geopolíticos y de la lucha de clases que plantean nuevas bases para la reconstrucción del marxismo revolucionario. Marx y Engels decían en el *Manifiesto Comunista*: “es hora de que los comunistas expongan ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones”. Este gesto vuelve a ser necesario. *La Revolución Traicionada* es una obra ineludible para esta tarea, que no es otra que la reactualización de la perspectiva comunista en el siglo XXI.

### Hegemonía y revolución internacional

El presente libro es el punto de llegada de una elaboración sistemática y minuciosa de Trotsky sobre la dinámica de la situación en la URSS que

comienza en 1918. A lo largo de aquellos años, desde una concepción internacionalista desarrollará la relación entre el proletariado y el campesinado, entre la industria y la agricultura, y entre la economía soviética y el mercado mundial capitalista. Estas elaboraciones serán la base de los diferentes combates que encabezará y de su lucha contra la burocracia, desde la primera Oposición de Izquierda, de 1923 en adelante. En cada punto crucial Trotsky planteó sistemáticamente una alternativa frente al estalinismo. Contra la caricatura que pretendió presentar a Stalin como un “realista” frente a Trotsky como un “teórico fantasioso”, la rigurosidad teórica le permitió anticipar una a una las contradicciones a las que se enfrentaría la URSS en cada momento, mientras que el empirismo de la burocracia y sus constantes zigzags llevaron a los más dramáticos fracasos.

Dando cuenta de la encrucijada ante la cual se encontraba la Unión Soviética a mediados de los años '30, en *La Revolución Traicionada* Trotsky señala:

La Revolución de Octubre, en la que sus jefes veían el preludio de la revolución mundial pero que por el curso de los acontecimientos se transformó temporalmente en un factor independiente, revela en esta nueva fase de la historia su profunda dependencia del desarrollo mundial. Se hace de nuevo evidente que el problema histórico de “¿Quién vencerá?” no puede resolverse dentro de las fronteras nacionales, que los éxitos o los fracasos del interior no hacen más que preparar las condiciones más o menos favorables para su decisión en la arena mundial [p. 167]<sup>1</sup>.

Desde esta óptica se presentaban dos problemas decisivos para el proletariado ruso y el nuevo Estado obrero: en el plano internacional, la extensión de la revolución más allá de las fronteras de la URSS; en el plano interno la cuestión central de la hegemonía de la clase obrera sobre el campesinado, que constituía la gran mayoría de la población. Ambos problemas tenían para Trotsky la más estrecha relación.

En mayo de 1918, a pocos meses de haber conquistado el poder en Rusia, con el levantamiento de la Legión Checoslovaca da comienzo la guerra civil. Pronto los revolucionarios se verán enfrentados a catorce ejércitos imperialistas, coaligados con las fuerzas contrarrevolucionarias de la vieja sociedad. Para la defensa de la revolución, los bolcheviques, con Trotsky a la cabeza, pondrán en pie un ejército de más de cinco millones de obreros y campesinos. La guerra civil se prolongará por más de treinta meses hasta que, en noviembre de 1920, la derrota de las tropas al mando del barón Wrangel decidirá el resultado de la guerra a favor de los revolucionarios.

---

1 En adelante, las citas del presente libro serán referidas con el número de página correspondiente entre corchetes.

Durante el período que va de 1918 a 1921 el llamado “comunismo de guerra” había orientado la política económica. “La vida económica estaba totalmente sujeta a las necesidades del frente. (...) El comunismo de guerra era, en esencia, la regimentación sistemática del consumo en una fortaleza sitiada” [p. 49]. Entre sus medidas contaba con la requisición de granos y materias primas a los campesinos para la subsistencia del frente y de las ciudades. Por lo que este gran esfuerzo para triunfar en la guerra civil había resentido enormemente la alianza entre la clase trabajadora y los campesinos.

Para finales de 1920 la situación económico-social se había vuelto insostenible. Así lo describe el historiador Pierre Broué:

La industria produce, en cantidad, sólo un 20% –un 13% en valor– de su producción de preguerra. La producción de hierro supone un 1,6%, la de acero un 2,4%. Las producciones de petróleo y de carbón, que son los sectores menos afectados, no representan más que el 41% y el 27% respectivamente de las cifras de preguerra: en los otros sectores el porcentaje oscila entre un 0 y un 20%. El equipo está prácticamente destruido: el 60% de las locomotoras están fuera de uso y el 63% de las vías férreas son inutilizables. La producción agrícola ha sufrido un descenso tanto en cantidad como en valor. La superficie cultivada se reduce en un 16%<sup>2</sup>.

En el plano internacional, con la derrota de la revolución alemana de 1918-19 y la liquidación de la República Soviética Húngara se había cerrado el auge revolucionario de la inmediata posguerra y el capitalismo conquistaba un “equilibrio inestable”<sup>3</sup>.

En este marco, fue que el X Congreso del Partido de marzo de 1921 adoptó la Nueva Política Económica (NEP). Concebida por Lenin como una “retirada forzada”, la NEP restableció parcialmente la libertad de comercio y la economía monetaria, recreando un mercado. De esta forma se buscaba lograr el aumento de la producción tanto en el agro como en la industria. Pero esta política no estaba exenta de contradicciones. Los bolcheviques lo sabían, eran conscientes de sus consecuencias adversas que fortalecerían las tendencias a la acumulación de un sector acomodado del campesinado. Para contrarrestarlas se valdrían del control que posibilitaba el mantenimiento en poder del Estado de los principales recursos de la industria y el transporte, del riguroso monopolio del comercio exterior y de la organización de los trabajadores de la ciudad y el campo.

De la mano de la NEP los bolcheviques se proponían recomponer la hegemonía. Para 1922 ya se registraban los primeros éxitos económicos

---

2 Broué, P., *El partido bolchevique*, Editorial Ayuso, Madrid, 1973.

3 Cfr. Paula Bach, “Introducción” en Trotsky, *Naturaleza y Dinámica del capitalismo y la economía de transición*, CEIP, Buenos Aires, 1999.

que continuarían en los años siguientes. Paralelamente, en 1923 el aislamiento de la URSS se profundizaba con la derrota de un nuevo proceso revolucionario en Alemania. Esta vez, producto de los propios errores de la III Internacional que había dejado pasar la revolución sin decidirse nunca al combate por el poder<sup>4</sup>.

Continuando el último combate de Lenin –quien en febrero de aquel año sufrirá su tercer ataque de apoplejía, que lo postrará hasta su muerte en 1924– Trotsky se pone a la cabeza de la lucha contra la burocracia. El 8 de octubre de 1923, Trotsky dirige una carta al Comité Central en la que cuestiona las “proporciones inauditas” que había alcanzado la burocratización de la mano de la dirección oficial encabezada en aquel entonces por Zinoviev, Stalin y Kamenev, conocidos como la *troika*. De esta manera, se erigirá en el líder de la naciente Oposición de Izquierda. Pocos días más tarde, cuarenta y seis de los principales dirigentes del Partido se pronunciarán en los mismos términos en lo que se conoció como la “Plataforma de los 46”<sup>5</sup>. Luego Trotsky escribirá *El Nuevo Curso*, donde desarrollará la crítica a la política económica, el papel del aparato, la naturaleza del burocratismo, entre otros puntos fundamentales. Comenzaba el combate.

En *La Revolución Traicionada*, Trotsky retoma la discusión iniciada en aquellos años con dos “teorías” que considera complementarias: la “teoría” de que el socialismo se podía construir en un solo país, y la visión de la soldadura (*smytchka*) entre la ciudad y el campo, interpretada como la posibilidad de estabilizar en forma permanente las relaciones entre ambos, y de sostener la hegemonía mediante un desarrollo lento y evolutivo de la industria.

Según Nicolai Bujarin, uno de los principales inspiradores de estas tesis, Trotsky “negaba por anticipado la idea de hegemonía del proletariado” debido a que consideraba “inevitable el conflicto más áspero entre la clase obrera y los campesinos”<sup>6</sup>. Bujarin sostenía que el conflicto podía ser evitado si el proletariado procedía a una “industrialización a paso de tortuga”, poniendo el acento en las “concesiones” y “sacrificios” que el proletariado debería hacer para mantener aquella alianza. La consigna que se desprendía de este planteo era: “¡campesinos enriquezcanse!”.

---

4 Para profundizar el tema: Cfr. Albamonte, Emilio y Maiello, Matías, “Trotsky y Gramsci: debates de estrategia sobre la revolución en ‘Occidente’” en *Revista Estrategia Internacional* Nro. 28, 2012.

5 La plataforma, publicada el 15 de octubre de 1923, señalaba alertaba que “la política que sigue la mayoría del Politburó amenaza con acarrear a todo el partido lamentables reveses” y afirmaba que: “El régimen instituido en el interior del partido es absolutamente intolerable; destruye la independencia del partido, sustituyendo el partido por un aparato burocrático reclutado”.

6 Bujarin, N., “Acerca de la teoría de la revolución permanente”, en *El gran debate (1924-1926)*, Siglo XXI, Madrid, 1975.

Como señala Trotsky en *La Revolución Traicionada*: “Esto significaba, en el lenguaje de la teoría, la asimilación progresiva de los campesinos ricos por el socialismo. En la práctica, significó el enriquecimiento de la minoría en detrimento de la inmensa mayoría” [p. 52]. Al contrario de lo que sostenía Bujarin, Trotsky será quien más conscientemente desarrolle la necesidad y las vías para conquistar la hegemonía. Como señalaba uno de los clásicos de la estrategia militar, “la cooperación de los aliados no depende de la voluntad de los beligerantes”<sup>7</sup> sino de la existencia de intereses comunes. Y desde este punto de partida Trotsky llamó la atención sobre un fenómeno clave que se desarrollaba desde 1923 que recibió el nombre de “tijeras” y consistía en un creciente desequilibrio entre el campo y la industria. Esta última quedaba cada vez más retrasada en términos de productividad, y producía mercancías a precios elevados que desincentivaban el intercambio voluntario por parte de los campesinos, mientras que los campesinos ricos (kulaks) se enriquecían, aumentando la diferenciación social al interior de la URSS.

Trotsky sostenía que la contradicción entre el campo y la ciudad era inevitable ya que respondía a causas estructurales pero que sin embargo el conflicto a gran escala entre el Estado obrero y los campesinos no lo era. Solo una industrialización acelerada sobre la base de una mayor carga impositiva sobre el campesino rico que revirtiese esta tendencia era capaz de evitar el boicot campesino sin un enfrentamiento violento con el Estado. “En última instancia –escribe Trotsky–, la clase obrera puede mantener y fortalecer su rol dirigente, no mediante el aparato del Estado o el ejército, sino por medio de la industria que da origen al proletariado”<sup>8</sup>.

Incluso en este caso, se trataba –siempre para el fundador del Ejército Rojo– de la posibilidad de “preparar las condiciones más o menos favorables para una solución internacional del problema”. Estas contradicciones solo podrían mitigarse definitivamente con el triunfo de la revolución en alguno de los principales países capitalistas.

Pero para 1926 la teoría del socialismo en un solo país y la consigna de “campesinos enriquezcanse” se habían transformado en el dogma oficial de la mano de la camarilla de Stalin-Bujarin, quienes se habían hecho del poder desplazando a Zinoviev y Kamenev, quienes pasarían junto con Trotsky a conformar lo que se conoció como la Oposición Conjunta. Dos años después, en 1928, aquella polémica se saldó en los hechos: el pronóstico de Trotsky y la Oposición se demostró certero. Finalmente, la situación se hizo insostenible y la clase obrera se encontró cara a cara con el hambre. Las ilusiones del bujarinismo dejaron paso, a través de un violento viraje, a la línea estalinista de “liquidación de kulak como clase” y la “colectivización forzosa” de la tierra.

---

7 Clausewitz, C., *De la Guerra*, Ed. Círculo Militar, Bs. As., 1968, p. 36.

8 Trotsky, “Tesis sobre la industria” (1923) en *Naturaleza y Dinámica...*, op. cit.

Mientras que figuras de la Oposición de Izquierda como Preobrazhensky y Radek suponían que el estalinismo estaba tomando el programa de la Oposición al virar hacia la industrialización y el combate al kulak, Trotsky se opone tajantemente a la política aventurera y brutal de Stalin, con sus secuelas de guerra civil y retroceso de la producción en el campo. La “colectivización forzosa” era opuesta por el vértice a la política sostenida por Trotsky de convencimiento gradual del campesino sobre la base de las ventajas en la producción colectiva. Una vez más la política de la burocracia tenía consecuencias catastróficas.

### Comunismo y dictadura del proletariado

*La Revolución Traicionada* tiene el objetivo de explicar el fenómeno novedoso de la evolución del primer Estado obrero de la historia, que superando las predicciones de los fundadores del marxismo había nacido en un país atrasado y quedaría aislado de la revolución mundial. En varias formas, este texto representa una continuación de *El Estado y la Revolución* de Lenin escrito en 1917, a la luz de las nuevas condiciones.

Para el año 1928 el aislamiento de la URSS se había sellado nuevamente con la derrota de la Revolución china de 1925-27, producto de la traición de la dirección estalinista. Ésta coincidió con la derrota definitiva de la Oposición Conjunta, la expulsión de Trotsky del Partido y el comienzo de su exilio forzado que durará el resto de su vida.

Frente al desarrollo como gangrena de la burocracia, Trotsky vuelve sobre *El Estado y la Revolución* para comparar la evolución real que había tenido el Estado obrero con las perspectivas trazadas por el fundador del Partido Bolchevique, y plasmadas en el programa del Partido Comunista de 1919. Si en 1917 para Lenin se trataba de “restablecer” la teoría marxista del Estado frente a la recaída reformista de la II Internacional, Trotsky deberá encarar una tarea similar frente a la transformación en caricatura grotesca de la dictadura del proletariado hecha por la burocracia para volver a plantear la necesidad de un “Estado agonizante”, de un Estado que se oriente hacia su propia extinción.

Para Lenin las funciones coercitivas, al estar destinadas solo a la dominación de la minoría burguesa y sus aliados, disminuirían cualitativamente la necesidad del aparato represivo del Estado y lo debilitarían progresivamente. Este elemento, junto con la ampliación de la democracia a las grandes mayorías, debería reducir este “semi-Estado” a funciones “de registro y control”. Sin embargo, Trotsky señalará que en este proyecto que “(...) suponía cierto bienestar. Esta condición necesaria faltaba” [p. 76]. Y agrega: “Mientras que el modesto ‘Ford’ continúe siendo el privilegio de una minoría, todas las relaciones y todos los hábitos propios de la sociedad burguesa siguen en pie. Con ellos subsiste el Estado, guardián de la desigualdad” [p. 75].

En *La Revolución Traicionada* va a analizar justamente las causas de este distanciamiento entre el programa y la realidad:

Partiendo únicamente de la teoría marxista de la dictadura del proletariado, Lenin no tuvo éxito, como ya se dijo, ni en su obra capital sobre el problema (*El Estado y la Revolución*), ni en el programa del Partido, en la elaboración de todas las conclusiones necesarias en cuanto al carácter del Estado de atraso económico y aislamiento del país. Al explicar el resurgimiento de la burocracia por la inexperiencia administrativa de las masas y las dificultades nacidas de la guerra, el programa del partido prescribe medidas puramente políticas para vencer las ‘deformaciones burocráticas’ (elegibilidad y revocabilidad en cualquier momento de todos los mandatarios, supresión de los privilegios materiales, control activo de las masas). Se pensaba que con estos medios, el funcionario cesaría de ser un jefe para transformarse en un simple agente técnico, por otra parte temporal, mientras que el Estado desaparecería gradual e imperceptiblemente de la escena.

Esta subestimación manifiesta de las dificultades inminentes se explica porque el programa se fundaba enteramente y sin reservas sobre una perspectiva internacional [pp. 75-6].

Agregando:

Sin embargo, la crisis revolucionaria de posguerra no produjo la victoria del socialismo en Europa: la socialdemocracia salvó a la burguesía. El período que para Lenin y sus compañeros de armas debía ser un breve “alto en el camino” se convirtió en toda una época histórica. La contradictoria estructura social de la URSS y el carácter ultra burocrático de su Estado son las consecuencias directas de esta singular e “imprevista” pausa histórica [p. 76].

Esta “dificultad” produce diferencias fundamentales respecto al modelo original de Marx quién en su *Crítica al Programa de Gotha* había señalado dos etapas del desarrollo de la sociedad comunista. Para Marx, el capitalismo prepara las bases materiales para la revolución social, pero éstas son insuficientes para establecer inmediatamente el comunismo, una sociedad de abundancia que pueda “escribir en sus banderas: ¡De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!”<sup>9</sup>. De aquí que Marx plantee una primera etapa del comunismo o fase inferior, regida por la máxima “a cada cual según su trabajo”, una sociedad infinitamente más igualitaria que el capitalismo pero donde, como recordará Trotsky, “El Estado adquiere directa e inmediatamente un doble carácter: socialista en la medida en que

---

9 Marx, C y Engels, F. *Crítica del Programa de Gotha*, ediciones varias.

defiende la propiedad social de los medios de producción; burgués en la medida en que el reparto de los bienes vitales se lleva a cabo por medios de medidas capitalistas de valor, con todas las consecuencias que se derivan de este hecho” [p. 73].

Durante esta primera etapa, según los fundadores del marxismo, el Estado comenzaría a extinguirse a medida que aumentase la productividad del trabajo y se desarrollaran las fuerzas productivas, ya que éstas permitirían satisfacer más ampliamente las necesidades y reducir la carga del trabajo como imposición. Sin embargo, en la URSS el mayor desarrollo de las fuerzas productivas, al no revestir un carácter cualitativo, es decir, al no alcanzar y sobrepasar lo más avanzado del capitalismo, tenía como efecto contradictorio profundizar el proceso de diferenciación social y por ende fortalecer, en términos relativos, a la burocracia como gendarme que arbitra en el terreno de la distribución.

Aunque el esquema de Marx era irreprochable desde el punto de vista de la evolución del socialismo desde sus inicios hasta la consumación de la sociedad comunista, la URSS no encajaba en éste. El autor de *El Capital*, quien no llegó a vivir la fase imperialista del capitalismo, no esperaba que la revolución triunfase en un país atrasado.

A diferencia de lo proclamado por Stalin y luego replicado por los ideólogos de la burguesía para “demostrar” el fracaso del comunismo, para Trotsky la URSS no era una sociedad socialista, no representaba la “etapa inferior del comunismo” de la que hablara Marx: “Sería más exacto, pues, llamar al régimen soviético actual, con todas sus contradicciones, no un régimen socialista, sino un régimen *preparatorio* o *de transición* del capitalismo al socialismo” [p. 68].

“Esta preocupación por una justa terminología –agregaba Trotsky– no implica ninguna pedantería. La fuerza y la estabilidad de los regímenes se miden, en último análisis, por la productividad relativa del trabajo. Una economía socialista poseyendo una técnica superior a la capitalista, tendría asegurado realmente un desarrollo socialista, por así decirlo, automático, lo que desdichadamente no puede decirse aún de la economía soviética” [p. 68-9].

Contra toda visión evolutiva que pretendiese hacer del desarrollo económico de la URSS en sí mismo un fetiche, Trotsky, al resaltar el carácter transitorio del régimen social, alerta sobre la posibilidad de retroceder nuevamente hacia el capitalismo. El desarrollo socialista estaba muy lejos de ser seguro. Al mismo tiempo, plantea claramente que no puede haber mejor índice para medir el avance hacia el comunismo que la persecución del bienestar de los trabajadores, de su libertad, y del desarrollo de las capacidades humanas.

Desde este punto de vista, discute en *La Revolución Traicionada* contra el culto al trabajo conocido como “stajanovismo” que impusiese la burocracia en la URSS y para ello retoma la perspectiva de la reducción de la jornada laboral en el camino de terminar definitivamente con el trabajo “impuesto por la necesidad”.

Reducida a su base primordial –señala–, la historia no es más que la lucha por una economía del tiempo de trabajo. El socialismo no podría justificarse por la simple supresión de la explotación; es necesario que asegure a la sociedad mayor economía del tiempo que el capitalismo. Sin la realización de esta condición no es cumplida, la abolición de la explotación no sería más que un episodio dramático desprovisto de porvenir [p. 89].

En el caso de la URSS, “La técnica importada, principal medio de la economía del tiempo, aún no da en el terreno soviético los resultados que son normales en su patria capitalista” [p. 89]. Y esto efectivamente fue así. A pesar de sus enormes avances, la URSS bajo dirección de la burocracia nunca llegó a sobrepasar la productividad del trabajo de los países capitalistas. “El papel progresivo de la burocracia soviética coincide con el período dedicado a introducir en la URSS los elementos más importantes de la técnica capitalista” [p. 226]. Las causas de esta limitación eran profundas:

Se pueden construir fábricas gigantes según modelos importados del extranjero por mandato burocrático, y pagándolas, es cierto, al triple de su precio. Ahora bien, cuanto más lejos se vaya, más tropezará la economía con el problema de la calidad, que se le escapa de las manos a la burocracia como una sombra. (...) En la economía nacionalizada, la *calidad* supone la democracia de los productores y de los consumidores, la libertad de crítica y de iniciativa, cosas incompatibles con el régimen totalitario del miedo, la mentira y la adulación [pp. 226-7].

Alrededor de estos análisis Trotsky demostrará en esta obra cómo la democracia soviética no era un “aditamento” del Estado obrero, sino una cuestión “de vida o muerte”, donde la participación de los trabajadores y los campesinos no podía limitarse a una elección regular, sino que tenía que traducirse en una participación activa en la dirección de los destinos de la URSS, tanto en el terreno político como en el terreno de la planificación económica. La perpetuación de la burocracia es incompatible con el avance hacia el comunismo, que no puede ser otra cosa que una construcción consciente.

### Estado obrero burocrático y revolución política

En 1936, pocas semanas después que Trotsky envía para su edición *La Revolución Traicionada* tendrá lugar el primero de los Procesos de Moscú. Con ellos la burocracia emprendió una nueva ofensiva para terminar de liquidar cualquier supervivencia del antiguo Partido Bolchevique, del cual el estalinismo era su “negación termidoriana”; cuestión que desarrolla Trotsky en “Bolchevismo y estalinismo” que puede leerse en el anexo de la presente edición.

La definición del régimen soviético como “transitorio” permitía al fundador del Ejército Rojo, como él mismo señala, “descartar las categorías sociales acabadas como *capitalismo* (incluyendo al ‘capitalismo de Estado’), y *socialismo*” [p. 210]. Sobre esta base Trotsky sostiene que la burocracia no constituye una nueva clase explotadora, sino una “capa social privilegiada y dominante”, cuya “apropiación de una inmensa parte de la renta nacional tiene el carácter de parasitismo social” [p. 207] producto de la administración del Estado, y no un modo orgánico de explotación de clase.

Como toda burocracia, se erige sobre el Estado ejerciendo funciones de reguladora e intermediaria, de sostenedora de la jerarquía social. Sin embargo, en el caso de la URSS, Trotsky señala que “es algo más que una burocracia” [p. 206], porque a diferencia de aquellas de los Estados burgueses que representan a una clase social que tiene medios para controlarla, en el caso del Estado obrero, la burocracia se eleva por encima de una clase que no tiene tradición de dominación y mando, y que no cuenta con la propiedad privada de los medios de producción para confrontarla. Esto la hace más autónoma y le da su carácter distintivo.

Para este análisis, Trotsky parte de una definición marxista del Estado en la URSS:

Las clases –decía– se definen por el sitio que ocupan en el sistema social de la economía y, sobre todo, por su relación con los medios de producción. En las sociedades civilizadas, las relaciones sociales son validadas por leyes. La nacionalización de la tierra, de los medios de producción, del transporte y el cambio, así como el monopolio del comercio exterior forman las bases de la estructura social soviética. Para nosotros, estas relaciones establecidas por la revolución proletaria definen básicamente a la URSS como un Estado proletario [p. 206].

La elaboración del concepto de “Estado obrero degenerado burocráticamente”, parte en Trotsky de establecer la distinción entre régimen político y Estado. La misma se encuentra desarrollada en su artículo “Estado obrero, Termidor, y bonapartismo” que es parte de la presente edición. Allí, señala como la “dictadura del proletariado” tiene dos acepciones que no deben confundirse. Distingue “dictadura” en referencia a la dominación social, de “dictadura” como régimen político. La URSS es una “dictadura del proletariado” por el contenido social del Estado, así como podemos decir que el Estado burgués más allá de sus formas políticas es una “dictadura del capital”. Pero a nivel de los regímenes políticos, así como en el Estado burgués distinguimos entre fascismo y democracia-burguesa, en el caso del Estado obrero ruso bajo el estalinismo no se trataba de una dictadura del proletariado sino de un nuevo tipo de régimen bonapartista, para el cual Trotsky formulará el concepto de “bonapartismo soviético”.

Sin embargo, hay en este punto una gran diferencia entre Estado burgués y Estado obrero.

Una vez liberadas de los frenos feudales, las relaciones burguesas se desarrollan automáticamente. (...) Muy distinto es el desarrollo de las relaciones socialistas. La revolución proletaria no solo libera las fuerzas productivas de los frenos de la propiedad privada, también las pone a disposición directa del Estado que ella misma crea. (...) *A diferencia del capitalismo, el socialismo no se construye mecánicamente, sino concientemente.* El avance hacia el socialismo es inseparable del poder estatal que desea el socialismo o se ve obligado a desearlo [p. 329-30].

Así es que para Trotsky sin un régimen de democracia proletaria, sin que el poder esté en manos de los Soviets u otros organismos de autoorganización de este tipo no es posible el avance hacia el socialismo. “La democracia soviética no es la demanda de una política abstracta, menos aún una moral abstracta. Se ha convertido en un asunto de vida o muerte para el país” [p. 227]. En este sentido, el “bonapartismo soviético” pone un signo de interrogación sobre la supervivencia del Estado obrero mismo.

Este panorama planteó la necesidad histórica de una redefinición de conjunto y la imposibilidad de la URSS de estabilizarse a largo plazo. Ante esto Trotsky sostiene hipótesis alternativas. O bien tendría lugar una nueva revolución que suprimiese la burocracia; o bien ésta se transformaría, cuando pudiese hacerlo, en una nueva clase capitalista. A su vez, Trotsky planteaba la posibilidad de que la URSS fuera atacada militarmente por las potencias imperialistas, peligro que se acrecentaría con el avance hacia la Segunda Guerra Mundial.

Sobre la hipótesis de una nueva revolución contra la burocracia, Trotsky decía: “Supongamos que la burocracia soviética sea arrojada del poder por un partido revolucionario que tenga todas las cualidades del viejo Partido Bolchevique y que además esté enriquecido con la experiencia mundial del último período. Tal partido comenzaría por restablecer la democracia en los sindicatos y en los soviets” [p. 209].

Lo que Trotsky planteaba era una *revolución política*, que a diferencia de una *revolución social* no tenía por objetivo reemplazar una forma de propiedad por otra. Pero al mismo tiempo, no se trataba simplemente de “reemplazar a una camarilla gobernante por otra, sino de cambiar los métodos mismos de la administración económica y la dirección cultural de un país”. Para él: “La arbitrariedad burocrática deberá ceder su lugar a la democracia soviética”. Contra el régimen de “partido único”, sostenía la necesidad del “restablecimiento de la libertad de los partidos soviéticos, comenzando con el Partido Bolchevique, y el renacimiento de los sindicatos.”. A su vez, planteaba las profundas consecuencias sociales que debía traer aparejadas una revolución de este tipo, empezando por “la revisión radical de los planes

en beneficio de los trabajadores” [p. 236] y la búsqueda de la reversión del proceso de diferenciación social, entre otras.

La hipótesis alternativa implicaba una restauración del capitalismo producto de derrotas de las masas, y sobre esta base la reconversión de la burocracia en clase capitalista, liquidando definitivamente la planificación, profundizando la diferenciación social y privatizando los medios de producción con el fin de estabilizar sus privilegios transformándolos en derechos de propiedad privada.

La necesidad de “preparar” la revolución para suprimir a la burocracia y “colocarse a la cabeza de las masas en una situación histórica favorable”, era para Trotsky “la misión de la sección soviética de la IV Internacional”, por entonces obligada a llevar a cabo un trabajo clandestino. Ambas cuestiones y el destino de la URSS estarían atravesadas crecientemente por el curso del imperialismo hacia la Segunda Guerra Mundial.

### El destino de la URSS y la lucha de clases

En el marco del avance hacia la futura guerra, Trotsky sacaba otra importante conclusión estratégica de su definición de la URSS como “estado obrero burocrático”: la necesidad de su defensa frente a cualquier ataque del imperialismo y sus aliados. Enfrentaba así a quienes sostenían que el capitalismo ya había sido restaurado en la URSS o que ésta se había convertido en un nuevo sistema de explotación, para negar su defensa frente al imperialismo.

Trotsky ligaba indisolublemente la defensa de la URSS al desarrollo de la lucha de clases.

El destino de la URSS no se decidirá, en definitiva, en los mapas de los Estados Mayores sino en el mapa de la lucha de clases. Solo el proletariado europeo, implacablemente opuesto a su burguesía, aun entre los amigos “de la paz” [en referencia a los imperialismos autodenominados “democráticos”], será el único que podrá impedir que la URSS sea derrotada o apuñalada por la espalda por sus “aliados”. Y la misma derrota de la URSS no sería más que un episodio de corta duración si el proletariado alcanzara la victoria en otros países. Por el contrario, ninguna victoria militar salvará la herencia de la Revolución de Octubre si el imperialismo se mantiene en el resto del mundo [p. 269].

Sobre este pronóstico, podemos decir que el resultado de la Segunda Guerra Mundial fue tal que no se dio ninguna de las variantes planteadas por Trotsky en forma pura. Ni la victoria del proletariado Europeo llevó a la regeneración de la URSS, ni el imperialismo se mantuvo incólume en el resto del mundo. Las nuevas relaciones de propiedad conquistadas por la Revolución de Octubre se demostraron más fuertes frente al imperialismo,

incluso con la bota de la burocracia sobre ellas, y las masas defendieron la propiedad nacionalizada frente a los nazis. Usufructuando la derrota del nazismo a manos del Ejército Rojo, la burocracia estalinista utilizó este nuevo prestigio ante las masas para frenar con éxito la revolución en la Europa de postguerra, en Grecia, Italia y Francia. Pero no logró contenerla en la periferia, y para mediados de los años '50 la burguesía había sido expropiada en un tercio del planeta.

Sin embargo, desde su génesis, estas nuevas formaciones compartieron muchas de las características que Trotsky había analizado para la URSS, adoptando un carácter de “Estados obreros burocráticos”. Tuvieron lugar dos tipos de procesos. Por un lado, los procesos de expropiación de la burguesía realizados “desde arriba” en los Estados del Este de Europa que habían quedado bajo la ocupación del Ejército Rojo luego de la Segunda Guerra Mundial. En estos casos, la burocracia estalinista avanzó en un proceso de asimilación estructural para constituir una zona de amortiguación frente las potencias occidentales que dio lugar a nuevos Estados obreros deformados burocráticamente.

Por otro lado, se produjo el triunfo de procesos revolucionarios con gran peso del semi-proletariado del campo y el campesinado, con direcciones estalinistas como la del PC en China o Indochina, o direcciones pequeño-burguesas que se radicalizaron y expropiaron a la burguesía como el Movimiento 26 de Julio en Cuba dirigido por Fidel Castro y el “Che” Guevara. Trotsky había contemplado como “hipótesis improbable”, en el *Programa de Transición*, de que en condiciones excepcionales –como lo fueron las de la posguerra– direcciones de este tipo fuesen más lejos de lo que quisieran en la ruptura con la burguesía<sup>10</sup>, pero incluso en estos casos su hipótesis era que representarían un corto episodio en el camino hacia una “verdadera dictadura del proletariado”. Sin embargo, el proceso fue aún más contradictorio de lo que el fundador del Ejército Rojo podía prever. Si bien, en el sentido de la hipótesis de Trotsky, no se constituyeron en regímenes intermedios sino que tuvieron que avanzar en la expropiación de la burguesía, éstas direcciones impusieron una estructura de poder estatal burocrática bajo la forma del

---

10 “¿Es posible la creación del gobierno obrero y campesino por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia del pasado demuestra, como ya lo hemos dicho, que esto es por lo menos, poco probable. No obstante no es posible negar categóricamente *a priori* la posibilidad teórica de que bajo la influencia de una combinación muy excepcional (guerra, derrota, crack financiero, ofensiva revolucionaria de las masas, etc.) partidos pequeño burgueses, incluyendo a los estalinistas, pueden llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de una ruptura con la burguesía. En todo caso algo es indudable: si esta variante, poco probable, llegara a realizarse en alguna parte y un ‘gobierno obrero y campesino’ –en el sentido indicado más arriba– llegara a constituirse, no representaría más que un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado”. Trotsky, *El Programa de Transición y la fundación de la IV*, CEIP, Buenos Aires, 2008, p.92.

“partido único” ahogando los elementos de autoorganización de las masas, cuyo resultado no fueron “verdaderas dictaduras del proletariado”, sino el surgimiento de estados obreros burocráticamente deformados.

La consecuencia fundamental de este proceso que marcó la segunda mitad del siglo XX fue que aunque la perspectiva comunista parecía nadar a favor de la corriente, estas revoluciones triunfantes a nivel nacional, por las características burocráticas de los Estados obreros que surgían, no se transformaron en puntales para el desarrollo de la revolución internacional, en especial en los países centrales, sino que terminaron encerradas dentro de sus fronteras, presas de sus propias contradicciones en el marco de un mundo capitalista.

Anticipando una dinámica que se desarrollará ampliamente luego de la segunda posguerra mundial, Trotsky señala que:

Después de haber traicionado a la revolución mundial, pero aun sintiéndose leal a ésta, la burocracia termidoriana dirigió sus esfuerzos principales hacia la “neutralización” de la burguesía. Para ello era necesario parecer un auténtico baluarte del orden, moderado y respetable, pero a la larga, para parecerlo hay que llegar a serlo. (...) la burocracia llegó a la idea de asegurar la inviolabilidad de la URSS mediante su integración en el sistema de *statu quo* euroasiático. ¿Qué mejor, cuando todo está dicho y hecho, que un pacto perpetuo de no agresión entre el socialismo y el capitalismo? (...) El verdadero método de defensa de la URSS consiste en debilitar las posiciones del imperialismo y fortalecer las del proletariado y los pueblos coloniales en todo el mundo. (...) la lucha por un cambio favorable en la relación de fuerzas mundial, impone al Estado obrero el deber constante de acudir en ayuda a los movimientos de liberación de los otros países. Sin embargo, es precisamente esta tarea fundamental la que está en conflicto irreconciliable con la política conservadora del *statu quo* [p. 168].

Desde esta óptica y a partir de los conceptos de “Estado obrero burocrático” y su carácter “transicional” como un puente entre la sociedad burguesa y la socialista, Trotsky arribó a una serie de predicciones que se verificarían recién en la segunda mitad del siglo XX. Por un lado, el desarrollo de procesos de “revolución política”, que Trotsky nunca llegó a ver y que atravesaron las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, desde Berlín del ‘53 hasta Polonia en el ‘81, pasando por Hungría del ‘56, Checoslovaquia en el ‘68, entre otros. Por otro lado, la predicción más importante, en la que lamentablemente quedó plasmada la fortaleza de sus desarrollos teóricos, fue la restauración capitalista en la URSS.

Los tiempos fueron mucho más largos de los que previó, debido al resultado contradictorio de la Segunda Guerra Mundial que ya señalamos, sin embargo, la evolución de la burocracia y la restauración “desde adentro”

que Trotsky desarrolla como hipótesis en *La Revolución Traicionada* en caso de no triunfar una revolución política se vio reflejada en el proceso real<sup>11</sup>.

La restauración capitalista en la URSS a finales de los años '80 y principios de los '90 no puede ser entendida sino como el último acto de un largo proceso que incluyó la derrota de todos los intentos de revolución política que mencionamos antes, sumado a la ofensiva neoliberal que se estaba desarrollando en aquellos años. La dinámica del proceso de conjunto guarda similitud con aquella que señalara Trotsky para explicar el ascenso del estalinismo cuando decía:

El remplazo de un régimen por otro no se produjo de un solo golpe, sino a través de una serie de medidas, mediante pequeñas guerras civiles llevadas a cabo por la burocracia contra la vanguardia obrera. Analizado históricamente, lo que liquidó la democracia soviética fue la presión de las contradicciones sociales. Explotándolas, la burocracia pudo arrancarle el poder a las organizaciones de masas<sup>12</sup>.

La acción contrarrevolucionaria de la burocracia que logró derrotar los diferentes procesos de revolución política que atravesaron Europa del Este desde mediados de los años '50 hasta principios de los '80, cumplió un papel similar al de “pequeñas guerras civiles”, solo que en este caso fueron para preparar el terreno de la restauración del capitalismo.

Los levantamientos contra la burocracia de 1989-91 mostraron un muy bajo nivel de conciencia de clase, producto de las derrotas de los anteriores procesos de revolución política y del avance de la ofensiva neoliberal del imperialismo. Luego de un primer momento de movilizaciones donde las direcciones que las encabezaban plantearon una vía “tercerista”, “ni capitalismo ni socialismo”, las masas fueron ganadas por las ilusiones en la democracia burguesa y el capitalismo occidental. Así, el estalinismo no fue derrotado ni por la contrarrevolución burguesa, ni por la revolución política; con sus bases corroídas por la propia burocracia colapsó a finales de la década del 80 y principios de los años '90.

Además de las propias autojustificaciones de la burocracia y las de los teóricos burgueses del “totalitarismo”, se desarrollaron, durante gran parte

---

11 Luego de la derrota de los procesos de revolución política, cuyo último capítulo fue el proceso revolucionario en Polonia de principios de los años '80, la burocracia de la URSS adoptó un curso decidido hacia la restauración capitalista, y bajo la dirección de Gorbachov la *perestroika* (reestructuración) marcará el avance hacia el mercado, así como las reformas políticas conocidas como *glasnot* buscarán consolidar una base social entre sectores de la clase obrera y de la intelectualidad liberal para la restauración. Cfr. Claudia Cinatti, “La actualidad del análisis de Trotsky frente a las nuevas (y viejas) controversias sobre la transición al socialismo” en *Estrategia Internacional* n° 22, 2005.

12 Trotsky, “Estado obrero, Thermidor y bonapartismo” en esta edición.

del siglo XX, dos grupos principales de teorías formuladas como alternativas al análisis de Trotsky y su definición de la URSS como “Estado obrero burocráticamente degenerado”. Por un lado, las teorías del “capitalismo de Estado” que sostenían que se trataba de un régimen social capitalista, aunque no en su modalidad tradicional del predominio del capital privado, sino uno caracterizado por la concentración estatal de la propiedad y el papel preeminente de la burocracia. Por su parte, las teorías del “colectivismo burocrático” sostenían que la URSS expresaba una nueva y superior forma de explotación. En ambos casos se trataba de teorías que optaban por definiciones acabadas de la URSS, a diferencia de Trotsky quien ponía el acento en el carácter transitorio de la formación social soviética en la que operaban tendencias contradictorias, cuya evolución dependía de la lucha de clases nacional e internacional.<sup>13</sup>

Estas teorías alternativas mostraron serias limitaciones al tener que dar cuenta del proceso de restauración capitalista en la URSS. Las teorías del “capitalismo de Estado” se veían obligadas a sostener que no se había producido ningún cambio fundamental en '89-91, sino que se trataba simplemente de un cambio de “modelo”, mientras que las teorías del “colectivismo burocrático” tenían que dar cuenta de cómo la nueva clase social que según ellos había surgido y que expresaba una forma superior de explotación quería volver a convertirse en clase capitalista.

La restauración del capitalismo también echó por tierra las teorías que guardaban ilusiones en la “autorreforma” de la propia burocracia. Hoy no pueden sonar más anacrónicas conclusiones como las del gran biógrafo de Trotsky, Isaac Deutscher, cuando sostenía en los '60 que “por una ironía de la historia, los epígonos de Stalin comenzaron la liquidación del estalinismo y en consecuencia llevaron a la práctica, a pesar de sí mismos, partes del testamento político de Trotsky”. A lo cual agregaba: “La historia, por lo tanto, tal vez reivindicará al Trotsky que durante doce o trece años luchó por las reformas [en la URSS] y no al Trotsky que, en los últimos cinco años de su vida, abogó por la revolución”<sup>14</sup>.

La gran estatura histórica de Trotsky, justamente, consistió en ligar el destino de la URSS a la lucha de clases nacional, a través de la revolución política, y fundamentalmente al terreno de la lucha de clases internacional. Para los fundadores del marxismo, así como para Lenin y Trotsky, la dictadura del proletariado no constituía un fin en sí mismo, sino un medio estratégico para avanzar en la conquista del comunismo, es decir, de un

---

13 Para contrapunto entre la teoría de Trotsky y las diferentes variantes del “capitalismo de estado” y del “colectivismo burocrático” ver: Claudia Cinatti, “La actualidad del análisis de Trotsky...”, op. cit.

14 Deutscher, I., *El profeta desterrado* [1929-1940], Ediciones Era, México, 1975, p. 287.

sistema social sin Estado, que solo puede desarrollarse a nivel internacional y culminarse a escala mundial. Desde este punto de vista, cada victoria del proletariado a nivel de un país debe ser considerada como una trinchera para el desarrollo de la revolución mundial. Esta es la gran lección histórica que legó el siglo XX cuyas bases dejó sentadas Trotsky en la teoría, así como en cada uno de sus combates y en la fundación de la IV Internacional, en 1938, bajo esta perspectiva.

### La perspectiva del comunismo para el siglo XXI

No es posible emprender la lucha por una sociedad comunista en el siglo que se abrió sin extraer las importantes lecciones que nos dejó el siglo pasado. Esto hace de *La Revolución Traicionada* un libro ineludible para arrancar de la malversación del estalinismo la perspectiva del comunismo como objetivo de la liberación de la clase trabajadora y, con ella, del conjunto de los oprimidos. También de la dictadura del proletariado como medio para avanzar hacia el comunismo, donde necesariamente el “partido único” deje su lugar al pluripartidismo soviético, donde impere la más amplia democracia soviética y los trabajadores se hagan con el gobierno de sus propios destinos.

La relación inescindible entre libertad y avance hacia el comunismo es, justamente, el hilo conductor de la obra que el lector tiene en sus manos. Es que para Trotsky:

La creación espiritual necesita libertad. El propósito del comunismo de someter la naturaleza a la técnica, y la técnica a un plan para obligar a la materia a que dé al hombre todo lo que éste necesita, y mucho más, es una idea que se propone un fin más elevado: el de liberar para siempre las facultades creadoras del hombre de todas las trabas, limitaciones o dependencias humillantes. Las relaciones personales, la ciencia, el arte, ya no tendrán que sufrir ningún ‘plan’ impuesto, ninguna sombra de obligación [p. 159].

El lector encontrará en *La Revolución Traicionada*, cómo Trotsky aborda los más diversos problemas desde este mismo ángulo. Cuestiones que van desde el régimen político y su señalamiento del “pluripartidismo soviético” contra el programa estalinista de “partido único” y la cuestión de la reabsorción del Ejército Rojo por la sociedad a través de su organización en milicias ligadas a la producción y las diferentes localidades, hasta los problemas de la cultura, planteando la necesidad de reapropiación del legado cultural de la burguesía para la transición frente a los proyectos de una “cultura proletaria”, o la importancia del desarrollo de la individualidad contrapuesta al individualismo, pasando por la lucha contra el culto a la familia patriarcal, funcional a la burocracia, o la senilidad de cualquier régimen que no logre entusiasmar a la juventud y desarrollar su espíritu crítico, entre otros temas.

Por todo esto es que *La Revolución Traicionada* hoy conserva su actualidad, y sobre todo porque el comunismo, como decían Marx y Engels, no constituye una idea de algún redentor de la humanidad, sino el movimiento real “que se desarrolla ante nuestros ojos”, en las contradicciones del propio capitalismo y en la lucha de los trabajadores y los oprimidos por su emancipación. La crisis capitalista que ya lleva más de un lustro está poniendo en evidencia una y la otra, esto es un hecho. De lo que se trata es de reactualizar la perspectiva comunista para el siglo XXI, y este libro es fundamental para ello.